

## CAPÍTULO II

### Las etapas en la asociación de los hombres.

#### 8.—LOS ENEMIGOS DEL HOMBRE.

Recuerdo, al comenzar este párrafo, que no estudio especialmente el hombre, aunque el objeto de mis investigaciones sea conocer la situación del hombre que vive en sociedad. Por el momento, sólo considero al hombre como ejemplo de animal social; me sucederá, en el curso de este libro, tomar otros ejemplos de animales que viven en sociedad, como los castores ó las abejas.

La vida del hombre es una lucha perpetua; por otra parte, ya he tratado de demostrar que la idea de lucha es inseparable de la idea de vida, pero que la palabra vida tiene una significación más precisa, porque sólo se refiere al luchador que vence. Ya he empleado antes la fórmula siguiente: «Ser es luchar, vivir es vencer», que han adoptado después numerosos pensadores. Así, pues, no

será extraño verme emplear el término «enemigo del hombre» en un sentido mucho más vasto que el que se le atribuye generalmente. Y, sin embargo, al obrar así, me separaré sensiblemente del lenguaje corriente; algunos de esos enemigos del hombre son, en efecto, considerados como sus mejores amigos, porque siempre son vencidos por el hombre, siendo este triunfo indispensable la condición misma de la subsistencia individual.

Parecerá ridículo que englobe el pan entre los enemigos del hombre, so pretexto de que la digestión es una lucha. En efecto, las indigestiones de pan, es decir, los casos en que triunfa el pan son extremadamente raros; además, el pan no ataca al hombre mientras éste no le ha introducido en el tubo digestivo. Más valdría emplear una expresión distinta de la palabra «enemigos», aunque no tengamos el menor derecho para trazar una línea de demarcación justificada entre un alimento, vencido generalmente, como el pan, de otro, vencedor generalmente, como la digitalina, á pesar de que ésta, en ciertos casos, se emplea para ayudar á la subsistencia del hombre. En todos los casos de alimentación hay una cuestión de dosis que decide del triunfo ó de la derrota, y, con

el fin de generalizar, emplearemos palabras que chocan á nuestras costumbres de lenguaje.

Lo mismo sucede con la temperatura: consideramos ciertas condiciones de temperatura necesarias para la vida humana, y, sin embargo, se dice corrientemente que luchamos contra el frío ó el calor. La temperatura de 37 grados, que es aproximadamente la de nuestro cuerpo, no es favorable para la subsistencia del hombre; nuestra existencia sería penosa á tal temperatura vivimos mucho mejor á una temperatura de 15 grados, lo que exige de nuestra parte una lucha contra el enfriamiento. Todos los factores de la vida, que es una lucha, pueden considerarse como enemigos del ser vivo, pero tenemos costumbre de considerar como amigos á los enemigos que vencemos ordinariamente. El patrio consideraba acaso á sus esclavos como amigos, hasta el día en que éstos se atrevían á insubordinarse. La vida es un acto absolutamente egoísta, y el ser vivo está en lucha contra el Universo entero, en el que sólo conserva su lugar á fuerza de triunfos incesantes. Habrá que tomar el partido, so pena de restingir considerablemente el lenguaje, de considerar, á lo menos al comenzar, que el ser vivo está solo contra todos y que es el

enemigo de todo lo que no es él. Esta manera de hablar puede parecer pueril, pero su valor se apreciará ulteriormente. Por otra parte podemos, desde ahora, prescindir de los enemigos particulares cuya derrota habitual forma parte obligatoria del funcionamiento normal del organismo sano; son enemigos indispensables, sin los cuales el hombre no podría continuar viviendo. Entre esos se hallan los alimentos en general; estamos tan habituados á ver que el hombre necesita alimentos, que olvidamos respecto de ellos toda idea de lucha, y comparamos ilegítimamente la alimentación del hombre á la de una máquina de vapor; ya he demostrado en otra parte (1) á qué conclusiones absurdas conduce esta comparación ilegítima.

Una parte del trabajo (2) del hombre tiene por resultado facilitarle la victoria en sus luchas cotidianas contra los enemigos indispensables para su funcionamiento normal; la cocina transforma ciertos alimentos desposeyéndoles de algunas de sus propiedades nocivas y haciéndolos más fáciles de digerir, es decir, de vencer; el vestido, la habitación,

(1) *Théorie nouvelle de la vie.*

(2) Ya hemos dado la definición de la palabra trabajo.

facilita la lucha del hombre contra la intemperie, el frío y la lluvia.

Otra parte de la actividad humana tiene por resultado procurar al hombre estos enemigos fáciles de vencer que se llaman alimentos. En un país en que sólo se criasen la cicuta, la belladona y el acónito, la nutrición del hombre sería imposible; sería vencido siempre en la lucha digestiva que emprendiera contra luchadores más fuertes que él. La agricultura tiene por resultado sustituir á especies peligrosas especies comestibles; puede producir también productos útiles para el vestido y la construcción. El hombre interviene como parte interesada en la lucha de las especies vegetales utilizables por él contra las especies vegetales inútiles ó nocivas. Lo mismo sucede con las especies de animales útiles, como el ganado, que defiende contra los animales carnívoros.

En efecto, fuera de los seres domésticos, hay todos los demás seres que viven en el mismo territorio, y que son, no fatalmente enemigos directos, sino, en general, rivales cuyo desarrollo es de temer. Tales son, entre los vegetales, los individuos de todas las especies no utilizables directamente por el hombre ó por sus domésticos, y que ocupan el humus fértil en detrimento de los cereales

y las hierbas alimenticias. Sin embargo, estas malas hierbas pueden producir algunas veces un resultado ventajoso para el hombre, modificando un suelo ingrato (líquenes, musgos) ó agotado para el cultivo (barbechos). La cualidad de enemigo atribuída á una especie dada merecerá siempre ser atenuada por el recuerdo de algún servicio prestado.

Los animales rivales son legión; son los herbívoros, que roen ó pastan los vegetales domésticos (conejos, caracoles, gusanos, orugas, etc.); los carnívoros, que atacan al ganado y hasta al hombre, etc. En la primera fila de los rivales animales hay que colocar evidentemente á los demás hombres que viven sobre el mismo suelo, y que, siendo de la misma especie, tienen naturalmente las mismas necesidades que el hombre privilegiado cuya historia contamos.

De este modo, bajo uno ú otro punto de vista, todos los seres que rodean al hombre son fatalmente sus enemigos. Sin embargo, es entre esos hombres donde encuentra asociados, aliados provisionales ó fieles, por razones que vamos á examinar. Pero es indispensable poner primero en evidencia la hostilidad necesaria de todo lo que en la Naturaleza rodea á un ser vivo dado; esta observación inicial y fundamental nos permitirá

comprender lo que hay á veces de caduco, y siempre de imperfecto, en las asociaciones más irreprochables aparentemente. Estudiemos primeramente la condición de los seres domésticos, tanto animales como vegetales.

### 9.—LOS DOMÉSTICOS.

Los seres domésticos son los que el hombre tiene interés en multiplicar á su alrededor y defender contra las especies rivales. Ya sean animales ó vegetales, estos seres descienden ciertamente de especies salvajes de las que nuestros antepasados han apreciado algunas cualidades. No es dudoso suponer que el hecho de haber sido distinguidas por el hombre ha favorecido singularmente el desarrollo de estas especies, á medida de la evolución que hace al hombre amo del mundo. Evidentemente, el número de plantaciones de trigo es tan considerable sobre la superficie de la tierra, porque el hombre ha intervenido en la lucha entre la especie trigo y las demás especies vegetales. Así, pues, si se coloca uno únicamente en el punto de vista de la cantidad de individuos, es indudable que la domesticación del trigo por el hombre ha sido un factor de primera importancia en

la historia del desarrollo mundial del trigo. Y lo mismo puede decirse de las coles y los nabos, los carneros y los cerdos. Parece, pues, á primera vista, que se pueden considerar recíprocas las ventajas que obtienen uno de otro, el hombre de una parte y de la otra una especie doméstica cualquiera. La palabra ventajas es peligrosa porque recuerda una noción subjetiva; ahora bien, siempre es arriesgado ponerse en la piel de un ser, sobre todo de un ser de especie diferente, para apreciar los resultados de una asociación de la que este ser forma parte. Recordemos esta observación de Rabelais en la *Pantagruéline prognostication*:

«En este año... morirán varios corderos, bueyes, cerdos, pollos y patos; pero no será tan cruel la mortalidad entre los monos y los dromedarios» (1).

De esto podemos deducir que es más ventajoso ser salvaje, como el mono, que doméstico, como el cordero. Renunciemos, pues, por el momento á estas consideraciones subjetivas, que se prestarían á discusiones interminables, y limitémonos á la evaluación cuantitativa de los resultados de la asociación del

(1) Edición del bibliófilo Jacobo Charpentier, 1881, página 557.

hombre con las especies domésticas. Eso nos será tanto más fácil cuanto que la domesticidad produce, en gran número de especies, un anodamiento más ó menos completo de la iniciativa individual; no hay mucha diferencia bajo este punto de vista entre los corderos y los vegetales, y por eso hemos creado el adjetivo «borregos» para recordar la obediencia pasiva de ciertos seres degradados (1).

Sea como fuese, la domesticidad prolongada transforma profundamente las especies salvajes escogidas por el hombre para este efecto, y la mayoría de las especies domésticas quedarían desarmadas en la lucha por la existencia sin la intervención del hombre. Si una epidemia imprevista hiciera desaparecer bruscamente la especie humana, es probable que muchas especies domésticas desaparecerían fatalmente por rechazo. En el estado actual de las cosas puede afirmarse que ciertos seres domésticos tienen necesidad del hombre como el hombre tiene necesidad de ellos, y que la asociación del hombre con sus domésticos tiene, bajo ciertos aspectos, un ca-

(1) La palabra viene acaso de la historia de Dindeneaut, pero indudablemente, si Rabelais imaginó esta historia, fué inspirándose en la opinión general respecto de los corderos.

rácter de reciprocidad. Por otra parte, la fuerza de la costumbre es tal que seres antes libres han podido procrear, después de varios siglos de domesticidad, descendientes tan bien adaptados á la vida servil que aman su esclavitud; respecto de estos domésticos, verdaderamente domesticados, no se podría repetir el adagio antiguo, tan dolorosamente cierto en muchos casos: «nuestro enemigo es nuestro amo». Pero ésas son consideraciones subjetivas que debemos evitar en este momento.

#### 10.—LOS ANIMALES RIVALES Y LA CAPACIDAD DE DAÑAR.

Desde el momento en que el hombre tiene en su patrimonio territorial domésticos animales y vegetales, debe temer la competencia de los animales que pueden ser tentados por esas riquezas comestibles. En particular tiene que defenderse contra los carnívoros que quisieran devorar sus ganados; también ha tenido que luchar mucho tiempo contra los carnívoros que querían devorarlo á él mismo, y esta lucha ha precedido seguramente á la conquista por el hombre de los animales domésticos. Los pueblos cazadores

han precedido á los pueblos pastores y agricultores. Á veces me he preguntado si no existirá un símbolo en el mito de Esaú vendiendo su derecho de primogenitura por un plato de lentejas; esta fábula recordaría sencillamente el hecho de que las razas agrícolas han suplantado á las razas cazadoras.

Las cazas tenían por objeto la destrucción de los animales carnívoros y la captura de animales comestibles; durante esta época de la evolución humana, la significación belicosa de la vida era evidente; lo es hoy todavía para el observador inteligente, pero las condiciones de la lucha han cambiado, y es muy difícil contar los fenómenos actuales con palabras que han sido creadas para contar batallas diferentes.

Entre los animales rivales más temibles, el hombre contaba evidentemente á los demás hombres, sus vecinos, ya los considerara como cazadores de la misma caza, ó los tuviera por caza para él. No podemos hacer sobre esto sino hipótesis, que nunca veremos comprobadas y que, siendo exactas para una época y un lugar dado, pueden ser evidentemente falsas para otra época y otro lugar. También podemos perdernos en conjeturas sobre las causas que han determinado las primeras asociaciones humanas; una de estas

causas ha sido, sin duda, que después de descubiertas las primeras armas, el hombre ha llegado á ser para el hombre el enemigo más temible. Nuestro antepasado de las cavernas, armado de sus útiles primitivos, estaba ya llamado á ser el dueño del mundo, por el hecho mismo de tener útiles, cuando los demás animales no los tenían. Un hombre armado prefería luchar con un oso ó un lobo que con otro hombre armado, y si por casualidad dos cazadores se encontraban en el momento en que uno de ellos acababa de matar un ciervo, el propietario prefería compartir su presa con su rival á entablar una lucha de fin dudoso. Seguramente el hombre ha renunciado á luchar contra sus congéneres, porque ha hallado en ellos una capacidad de dañar superior á la de las demás especies animales. Así, en un territorio en que había bastante caza para la alimentación de sus habitantes humanos, ha sido posible un acuerdo tácito entre hombres que veían en sus congéneres enemigos demasiado peligrosos.

Evidentemente eso es sólo una hipótesis, pero concuerda con muchos razonamientos basados sobre hechos de observación ciertos. En el conjunto de los factores que determinan á un individuo á atacar á un adversario hay que tener en cuenta la apre-

ciación (justa ó falsa) que hace este individuo de la resistencia probable de su antagonista; antes de emprender una batalla se evalúa la capacidad de dañar del adversario, y es una ventaja indiscutible para un animal dar una alta idea de su capacidad de dañar. En los hechos de mimetismo, por ejemplo, se nota fácilmente el partido que sacan (conscientemente ó no) las moscas inofensivas y desarmadas totalmente de su parecido con las avispas. No creo, pues, aventurarme mucho al decir que un hombre de las cavernas que hubiera respetado á uno de sus congéneres provisto de un hacha y dispuesto á servirse de ella, se hubiera atrevido á atacar á otro para robarle su botín, después de haber comprobado que estaba desarmado ó incapaz de resistencia. Esta observación biológica indignará seguramente á los pensadores modernos, que atribuyen al hombre cuaternario todas las deformaciones mentales que resultan de cientos de siglos de vida social. Creo, sin embargo, que para un observador imparcial se impone esta interpretación, aun para un gran número de sucesos contemporáneos; bajo el barniz de la civilización, la mayoría de nosotros conserva todavía la mentalidad de un troglodita. La sabiduría de las naciones, ciertas frases bre-

ves y fuertes, ha resumido el papel de la evaluación de la capacidad de dañar. «Los lobos no se comen entre sí», dice un proverbio que se ha declarado falso á veces; en efecto, si en una bandada de lobos hambrientos uno de ellos es herido por un cazador, es devorado inmediatamente por sus camaradas. ¿Por qué? Porque su herida le coloca en un estado de inferioridad evidente, no dudan en atacarle y comérsele, porque saben que no puede defenderse, mientras que un lobo, aunque esté hambriento, respeta siempre á otro lobo, como adversario temible. Otro proverbio, equivalente como significación, se refiere más especialmente á la especie humana: «Corsarios á corsarios, atacándose entre sí, no hacen su negocio». Sin duda, más vale atacar á un pacífico buque mercante, del mismo modo que es más ventajoso para un lobo atacar á un cordero inofensivo. Se sabe también que ciertos corsarios se disfrazaban de barcos mercantes para inspirar confianza; este es un caso de mimetismo humano que merece ser notado; se hallarían otros mil análogos.

Es, pues, de suponer que el primer paso en la asociación consistió en no atacarse, juzgándose recíprocamente temibles. Esto no es la asociación propiamente dicha, sino la paz

armada. La asociación, que conduce á una combinación de esfuerzos, ha sucedido á este primer estado de estimación recíproca, cuando se ha tratado de obtener un resultado ventajoso para todos los asociados. Ya hemos observado una sinergia semejante de organismos inferiores luchando contra un enemigo común. Ese es el fondo de todas las batallas celulares en patología. La existencia de un enemigo común da un objeto de acción idéntico á vecinos que sin la existencia de este enemigo común serían antagónicos y rivales. Se comprende una asociación que tiene por objeto atacar á un enemigo ó resistirle.

Los hechos de patología nos han enseñado además otra cosa, que hemos estudiado, bajo el nombre de exceso del proceso defensivo. El trabajo útil que produce un individuo excede en cantidad á todo lo que sería necesario para él solo; cada uno produce, por ejemplo, diástasis suficiente para dos. Hay una segunda causa de asociación, y ocurre lo mismo con los animales superiores que con los microbios. Si un hombre recoge por su trabajo alimentación bastante para dos personas, y sobre todo si esta cantidad de alimentación no puede conservarse durante mucho tiempo, no dudará en compartirla con uno de sus congéneres, con el que habrá contratado,

por las razones enumeradas antes, una alianza defensiva ú ofensiva.

El exceso de la producción individual sobre el consumo es, pues, un factor de asociación. He aquí dos consideraciones puramente objetivas que permiten concebir el origen de las sociedades. No tendré la temeridad de negar la existencia de otras razones. Los teóricos de la fraternidad humana pretenderán que la asociación inicial ha sido el resultado de una simpatía congénita é instintiva. Lo repito: no sé, ni lo sabe nadie, lo que ha pasado en la conciencia de los primeros seres que se han asociado; pero desconfío de estas consideraciones subjetivas tomadas del estudio del hombre del siglo xx. Ese es precisamente el punto principal del método que me guía en esta obra. Cualesquiera que sean las razones iniciales que han preparado las asociaciones humanas, es cierto que estas asociaciones, prolongadas durante millares de generaciones, han modificado la mentalidad de los asociados. Ahora bien, las leyes biológicas me hacen concebir el nacimiento progresivo de algunas de nuestras tendencias actuales como un resultado fatal de la vida en sociedad. Considero peligroso hacer intervenir esas tendencias en la génesis misma de las sociedades, puesto que es imposible que sean úni-



camente un resultado de una vida social prolongada. Elijo este método con tanta mayor razón cuanto que hallo fácilmente otras razones de asociación estudiando la vida de los seres, sociales ó no, que puedo observar hoy día.

Siendo la vida una lucha, me complaceo en aproximar la idea de lucha á la idea de sociedad. Por otra parte, encuentro, aun en los hombres actuales, á pesar de su barniz de civilización, las cualidades belicosas que he hecho intervenir en la génesis de la asociación. ¿Quién se atreverá á contradecirme si digo que la envidia, en todas sus formas, es el hecho predominante en todas las mentalidades modernas? El antiguo hombre feroz subsiste en nosotros, domado únicamente por nuestra cobardía é hipocresía de hombres civilizados. Observo todavía hoy que las asociaciones de hombres, fundadas en apariencia para alguna cosa, no tienen en realidad otro fin que ir contra alguna cosa ó contra alguno. Se unen los hombres contra alguno, y cuando el enemigo es vencido, se baten los aliados; ésa es la regla. No dudo, pues, en considerar la existencia de un enemigo común como una necesidad de primer orden para la fundación de una sociedad.

En resumen, de las consideraciones bioló-

gicas generales hemos retenido las nociones siguientes, que no son contradichas por ninguna observación seria hecha sobre los individuos, sociales ó no, aun sobre los hombres actuales.

Un primer paso en la asociación proviene de la apreciación por los vecinos de una respetable capacidad de dañar; eso produce una paz armada que dura mientras uno de los vecinos no se halle en un estado evidente de inferioridad. El segundo paso resulta de la existencia de un enemigo común, contra el cual el esfuerzo de cada asociado es útil para todos. Y, hablando en un lenguaje verdaderamente general, se puede clasificar en esta última categoría la producción por cada individuo de un trabajo ventajoso. En lugar de luchar contra un individuo, se puede luchar contra los agentes físicos, contra las intemperies, por ejemplo; se puede luchar también contra los enemigos de las especies domésticas útiles (malas hierbas y carnívoros), y estas luchas (que se designan con las palabras apacibles de agricultura y pastoreo) son las que aseguran la producción, para cada individuo, de provisiones preciosas para el conjunto de asociados. Resulta que el trabajo de cada uno produce un resultado superior á las necesidades de cada uno, y, por

consiguiente, otros individuos pueden aprovecharse de él. Estas bases objetivas son suficientes para que nos expliquemos la génesis de todas las asociaciones animales.

#### 11.—LA FAMILIA.

El azar de la vecindad fué el que determinó las primeras asociaciones y también las primeras guerras. Ahora bien, la manera con que se reproducen los individuos en las especies superiores ha determinado fatalmente vecindades particulares que han tenido un papel importante en la génesis de las sociedades; son éstas las vecindades de familia. Primeramente, el macho es atraído hacia la hembra por un apetito sexual, y si este apetito ha sido recíproco, y sobre todo duradero, como sucede en la especie humana, que no tiene un período anual de celo, sino que fornicia en todas las estaciones, se ha realizado una primera asociación entre el macho y la hembra. ¿Los sentimientos de afección que unen la madre á los hijos han existido en todo tiempo ó han nacido en cierto momento de la evolución, como lo creen muchos biólogos? (1). Es de suponer que la

(1) V. *Les influences ancestrales*.

afección de la madre por los hijos pequeños ha preexistido á la fundación de las sociedades, porque esta afección maternal se encuentra en todas las especies mamíferas ó incubadoras, aun cuando estas especies no sean sociales. Por otra parte, hay que observar que el amor maternal sólo dura cierto tiempo limitado en las especies no sociales; así sucede que una gata, que ha sido una madre excelente durante las primeras semanas, abandona pronto á sus hijos y hasta toma odio á los que pertenecen al sexo femenino. ¿Hay que hacer intervenir en la cuestión del origen del amor maternal la utilidad, para la madre, de los pequeños, que la descargan la leche, ó acaso cierta sensación voluptuosa que acompañe el amamantamiento? Eso nos es indiferente por ahora. Sucede que el matrimonio tiene bastantes alimentos para mantener á los hijos además de los padres; además, como los hijos son pequeños, no son peligrosos para los padres. Pero, sabiendo que podrán serlo más adelante, los padres tienen interés en aliarse con ellos, y así la familia es la primera fase de las sociedades en las especies sociales. Eso no impide que haya habido siempre hermanos enemigos ó parricidas; pero la costumbre de asociarse en familia ha debido desarrollarse fácilmente.

te en las especies en las que el trabajo de cada uno produce un exceso de resultados útiles á todos.

Si nos detenemos un instante en el estudio de las familias primitivas, concebimos inmediatamente, con ayuda de las nociones biológicas que poseemos, una serie de deformaciones individuales que deben resultar fatalmente de la vida familiar prolongada. El padre de familia, que es adulto cuando sus hijos son jóvenes y que es el ser fuerte de la asociación, toma la costumbre de defender su mujer y sus hijos, pero también la de imponerles su voluntad, y el padre se convierte en jefe; los hijos, que han tomado la costumbre de obedecer mientras eran jóvenes, porque eran los más débiles, continúan obedeciendo cuando, ya adultos, son tan fuertes como el padre, y cuando son más fuertes que el padre, ya viejo.

La costumbre es la gran ley biológica; cuando, en lugar de una vida individual única, consideramos una serie de vidas individuales, en el curso de la cual los hijos de una generación se convierten en los padres de la siguiente, la serie de las costumbres individuales constituye una costumbre colectiva que se llama tradición. Y aun sin hacer intervenir todavía la herencia de los caracte-

res adquiridos, que nos explicará más tarde la génesis de ciertas creencias absolutas, la tradición basta para hacer necesaria la aceptación tácita é involuntaria de ciertas convenciones familiares. Siendo el padre jefe por su fuerza individual, continúa siéndolo por costumbre cuando sus hijos son ya grandes. Los hijos que han obedecido siendo jóvenes, continúan, por costumbre, obedeciendo á su padre viejo y enfermo; pero al hacerlo así recuerdan que la obediencia al padre es una costumbre necesaria; siguen recordándolo cuando, padres á su vez, protegen á sus hijos pequeños que crían para hacer de ellos más tarde asociados; y así, poco á poco, independientemente de toda consideración sobre la fuerza respectiva de los padres y los hijos, queda entendido que los hijos obedecen á su padre y que éste es el jefe de la familia. Si esta tradición está establecida desde hace mucho tiempo, toma cada vez más el carácter metafísico de una ley. Los hijos vigorosos obedecerán por la fuerza de la tradición á un padre débil, que no tendrá más autoridad que la que le confiera la tradición. En otros términos, una particularidad, renovada varias veces seguidas en las generaciones que se suceden, toma el valor de un carácter adquirido, es decir, de un ca-

rácter que, nacido de ciertas condiciones, subsistirá por la fuerza de la tradición, aun cuando ya no se realicen las condiciones de las cuales ha nacido. Será un carácter adquirido por tradición, y tendrá el mismo valor absoluto que los caracteres adquiridos por fijación hereditaria progresiva; por otra parte, estando superpuestos los efectos de la herencia y los de la tradición es imposible, al cabo de algún tiempo, saber cuál es la parte de la herencia y la de la tradición en la génesis progresiva de un carácter determinado, en un momento dado y en una especie determinada. Ya he insistido en varios libros (1) sobre la naturaleza absoluta de los caracteres adquiridos. Se adquieren definitivamente y se transmiten de generación en generación, aun cuando las condiciones que les han hecho nacer hayan desaparecido definitivamente. Son, en el sentido etimológico de la palabra, supersticiones que subsisten independientemente de las contingencias y pueden, á veces, resultar perjudiciales en condiciones nuevas, después de haber sido indispensables en circunstancias diferentes.

La vida social ha producido un gran número de caracteres que hacen hoy parte in-

(1) V. especialmente *Les influences ancestrales*.

tegrante de los individuos sociales. No dejaré de repetir que el rasgo característico del método que sigo en esta obra es negarme á considerar que haya desempeñado un papel en la génesis de las sociedades todo carácter que existe en los animales actuales, pero susceptible de haber sido adquirido progresivamente bajo la influencia misma de la vida social.

Es indudable que la familia ha sido la sociedad más antigua; por eso los caracteres que resultan de la vida familiar son los caracteres sociales que están más profundamente grabados en nosotros. Primero por costumbre, por tradición y por herencia después, los hijos han obedecido á su padre; hoy día consideramos como monstruosa la rebelión de un hijo contra su padre, aun cuando el primero sea un hombre de gran valor y éste un déspota imbécil. Por mi parte, el sentimiento innato de lo que debía á mi padre ha sido el más profundo de todos mis sentimientos; bien es verdad que he tenido la suerte de tener un padre cuya alta inteligencia y severa probidad imponían respeto á todos, pero comprendo que no hubiera podido libertarme de la veneración filial hereditaria aun cuando hubiese tenido la desgracia de descender de un padre indigno.